

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

La vida política

Tienen fama los españoles de ingobernables y sobre esta condición se han hecho toda clase de historias y leyendas; los hechos están demostrando hoy que por el contrario España es el único país que puede vivir sin gobierno. La guerra ha producido en nuestro país el fenómeno de que se suspenda la vida pública y cese la iniciativa y responsabilidad de los gobernantes para ser sustituidas por un estado de pasividad que no sabemos si en los momentos actuales es un bien ó una desgracia nacional.

Desde luego reconocemos que el relativo sosiego en que se hallan los partidos extremos, levantiscos siempre, es provechoso para la paz pública con tal que no obedezca á complacencias punibles del poder y sí á consideraciones patrióticas fundadas en el estado general de Europa; plausible es igualmente que las pasiones políticas de orden interior parezcan amortiguadas y suspensas ante la catástrofe casi mundial que estamos presenciando; todo lo que sea la consolidación del orden y la unión de los españoles en circunstancias como las actuales nos ha de parecer siempre excelente; pero sospechamos que estamos confundiendo la concordia con la suspensión de la acción gubernamental y la paz con el abandono de toda la actividad nacional que en ningún caso debe suspenderse.

El señor Dato ha borrado del encerrado político todos los problemas interiores con asentimiento por lo que se ve de las oposiciones; impedir las sesiones de Cortes por corto plazo y no se han vuelto á reunir éstas ni hay propósito de convocarlas por ahora; la *Gaceta* no contiene ninguna disposición de interés general, ni sin el concurso del Parlamento hace tampoco nada el gobierno; asistimos á una verdadera huelga ministerial.

Y sin embargo se podría hacer tanto en beneficio de la patria en estos momentos!

Cuando sobrevienen acontecimientos como los que hoy ensangrientan á Europa la primera aspiración y mayor anhelo de un país neutral es verse libre de la bárbara calamidad que se llama guerra: el señor Dato trabajando en este sentido no hace más que aludir á una fuerte imposición del país que unánimemente desea la paz; pero al propio tiempo por el influjo que estas catástrofes tienen en el orden económico nada se opone á que un gobierno previsora utilice en bien de su patria cuanto le sea posible, las circunstancias extraordinarias porque tienen que parar la producción, la industria y el comercio en los países beligerantes.

Esta acción económica y directora es la que echamos de menos en el gobierno actual que por no tener lucha política que mantener es el que en mejores condiciones se halla para fomentar determinados intereses y guiar la actividad nacional en discusiones útiles y provechosas. Hay en estos momentos en Europa industrias que han acabado y que tardarán muchos años en rehacerse, fuentes de producción que ha secado la guerra y caminos comerciales que la misma ha obstruido. El país que tiene la inapreciable ventaja de la neutralidad puede ocuparse sin género de duda en utilizar esta situación para sustituir en lo que alcance sus fuerzas á las industrias muertas, al comercio paralizado y á la producción aniquilada de otros pueblos.

Intentos de esta índole no sólo deben ser protegidos por un gobierno sino que éste es quien debe tomar las iniciativas y marcar las orientaciones necesarias para que el trabajo nacional se desarrolle y active en la forma que las tristes circunstancias que atraviesan nos favorezcan. Va siendo hora ya, lo mismo en paz que en guerra, de que los gobiernos españoles entiendan que no se ocupa el poder sólo para eso que bárbaramente se llama hacer política, sino que debe atenderse á un antiguo lema del partido progresista, cuando tenía un credo de doctrinas concreto y cerrado. Más administración y menos política—escribía en su bandera el partido que hizo la Revolución de Septiembre y aunque no cumpliera en el poder esta oferta, no por eso ha dejado de ser una necesidad más apremiante cada día para la nación española.

En pura teoría, esa separación de la política y la administración, son imposibles, puesto que en el poder constituyen una misma cosa; pero hay que dar al dogma progresista el sentido que tenía, y lo que con él se quería afirmar: más administración y menos política quiere decir siempre que los gobiernos debieran ocuparse de los intereses materiales del país tanto más que del desarrollo de programas puramente políticos; es una variante de la famosa frase de Posada Herrera sobre el pan y los derechos del pueblo, y contiene la aspiración racional de que la industria, el comercio y la agricultura vean en los gobiernos no al representante del fisco que merma sus productos con onerosas cargas, sino al protector poderoso que por medio de sabias medidas contribuye á su desarrollo y engrandecimiento.

¿No es el momento actual propicio en alto grado para que un gobierno ponga

sus ojos en estos problemas de la prosperidad material de la nación? Nosotros así lo creemos y la tarea ministerial sería mucho más útil dedicarla á estos altos fines que consagrada como lo está á prevenir alteraciones del orden, haciendo carreteras en diversas comarcas, mejor dicho, gastando el dinero del Tesoro en dar limosnas á obreros hambrientos, tomando como pretexto trabajos que no se verifican. Y no queremos hablar de las distintas maneras como se va conllevando el problema de las subsistencias, porque aparece en toda su plenitud la manera de ser del señor Dato: para que no se note la carestía de un artículo se tolera la merma en el peso y el fraude en la calidad; esta es una componenda industrial peor que las políticas y que no podrá continuar por mucho tiempo sin que la verdad se sobreponga y el conflicto sobrevenga.

La falta de vigilancia para impedir las exportaciones que la *Gaceta* ha prohibido causará sus consecuencias en la alimentación de los españoles y el problema de las subsistencias que hoy parece oculto por las fórmulas pueriles á que el gobierno va apelando para que en efecto no se vean, estallará en un momento dado con la mayor intensidad y fuerza. Sensible es que en este orden de ideas, en lo que pueda convenir á la patria para su prosperidad y progreso material, el gobierno actual ni tenga pensamientos ni método para desarrollarlo; se contenta con guardar una neutralidad que se guarda sola, porque en ella se halla interesado todo el país y no utiliza en bien de la nación los momentos presentes y la futura paz.

La neutralidad de España, que algunos han atribuido á impotencia y que nosotros consideramos como un don del cielo, puede servir con un gobierno inteligente para algo más que para ahorrarse lágrimas y sangre, debe y puede ser motivo de prosperidad económica si se encaminan con acierto las fuerzas vivas del país en una dirección conveniente. La paz de que gozamos puede ser origen de riqueza y bienestar para España. Por fortuna nuestra los que á pretexto de ideales internacionales quieren ver á las masas pidiendo la guerra como en Italia, son una minoría insignificante: el recibimiento que tuvo en Irán un personaje radical al volver de Francia, es un indicio de que el pueblo español haría manifestaciones contrarias á las de las masas italianas en el caso de que un gobierno desatentado intentase que nuestra patria tomara parte en la contienda en favor de cualquiera de los beligerantes.

La neutralidad española está favorecida hasta por la actitud que han adoptado las extremas derechas é izquierda colocando unos sus simpatías del lado de Francia y otros de parte de Alemania. Todo contribuye, además de nuestra situación geográfica, á que sea más sólido el principio de paz á toda costa que la mayoría de la nación defiende y es sensible que esta firme actitud no sirva de ocasión á los gobernantes para sacar de ella los provechos materiales á que venimos refiriéndonos. Si en España apareciesen los intervencionistas creemos que pronto serían abogados sus propósitos por la general opinión del país. A España no la puede hacer grande ni su diplomacia ni sus gobernantes, que la tienen indefensa hace muchos años. A España sólo la puede hacer grande una paz continuada que sus gobernantes y las clases directoras sepan aprovechar para su prosperidad material. Las empresas que nosotros debemos acometer no son gorreras sino industriales en el más amplio sentido de la frase. Nuestra prosperidad no está por hoy en la extensión del territorio, sino en la de nuestra acción comercial.

Es sensible que no tengamos en estas circunstancias al frente del gobierno un hombre que así lo entienda y que así lo practique.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Arrimando el hombro

Mi amigo X es uno de los pocos hombres que se indignan todavía y se enfurecen contra las iniquidades. De los pocos que contemplan formalmente la vida y la sociedad y no tienen esa fácil y descansada condescendencia, que es el signo de los tiempos, respecto de la corrupción de las costumbres y de la pública honestidad. Y en este punto hay que oírle.

Hace unos días topé con él. Venía hojeando una revista y andaba distraído. Le detuve, me miró y pude leer el título de lo que en las manos llevaba: *El amigo de la Juventud*.

—¿Conque todavía tiene amigos la Juventud?—le dije yo, con objeto de tirarle de la lengua.

—Así parece—me contestó.—Me han enviado este número y lo envían de balde á quien lo pide. Parece que hay una buena persona que paga la tirada, de modo que ya ve usted cómo todavía le quedan amigos á la Juventud, aunque parezca mentira. Vea usted...

Y diciendo esto me señaló unos niños, unos jóvenes y alguna que otra mozueta que estaban sobre la acera contemplando los cartelones de un cine.

—Vea usted la bazofia que le sirven á la juventud; esos cartelones dan una idea de lo que se representa adentro: toda suerte de fieros males: descarrilamientos, trances horribles, luchas horripilantes, leones,

serpientes, ladrones, asesinos, detectives, trampas, lazos, hecatombes; Nik-Carter, Rocambole, Fantomas y demonios coronados... puñales, pistolas, bombas de dinamita, pasos por un sencillo tronco á setecientos pies de elevación, caídas desde peñascos altísimos, crueldades, muertes, infamias, y, de cuando en cuando, alguna escena de amor ilícito, y por ahí... ¿Va usted alguna vez al cine?

—Hombre, no.... Alguna vez, por compromiso, he entrado ahí.

—Ya lo suponía yo: no es ese espectáculo para ninguna persona de talento.

—Muchas gracias.

—Tampoco irán sus niños...

—¡Ah, no, eso no; mis hijos nunca, á no ser que repicaran muy gordo y me escogieran las películas!

—¿Lo ve usted, lo ve usted? Y sin embargo, está eso lleno, todos los días, de personas de toda edad y sexo y que se apretujan á la entrada con objeto de presenciar todas esas truculencias, salvajadas y lindezas en el más absoluto silencio y en una obscuridad muy sugestiva... La obscuridad es de cajón, pues la reclama la visualidad; pero ese silencio ¿ha pensado usted en lo significativo de ese silencio ante un espectáculo que al parecer sólo es para los ojos y ante el cual se podría incluso gritar y tocar castañuelas y acordeones sin perder nada del efecto visual? Porque ahí dentro se guarda un silencio bastante más completo y voluntario y jamás alterado que el que se observa en otros espectáculos en que sería muy necesario para enterarse bien, por ejemplo, en un drama ó en una ópera...

—Y ahora—añadió cogiéndome del brazo—vea usted esto otro.

Es cosa sabida que más arriba ó más abajo del cine hay algún kiosco y junto á uno de éstos me llevó.

—Vea usted lo que hay ahí expuesto, vea usted quien lo contempla y dígame usted cual prefiere de estos dos focos de cultura... ¡De cultivo de toda especie de sabandijas, corcho!

Mi amigo estaba indignado y lo peor del caso es que tenía razón. También había allí chiquillos y adolescentes contemplando y aún leyendo cosas que debían ignorar.

—Pues yo creo que esto es todavía peor,—continuó diciendo.—Alguna vez me he detenido á observar la fisonomía de los jovencuelos, de los niños y alguna vez ¡qué desdicha! De tal cual niña, de los que suelen pararse junto al kiosco y unas veces de frente y otras de reojo examinan publicaciones que no necesito nombrar: ahí las tiene usted.

Y esto se agrava de cada día más—añadió después de tomar resuello.—Contra el cine, contra el teatro, contra el libro inmoral hay medios de defensa. No ir ni dejar que vayan los que están bajo nuestra sujeción, y no dar entrada en casa á esos libros ni permitir á nuestros hijos que frecuenten casas donde sepa uno que los leen. Pero contra esa exposición de la mercancía á los ojos del que pasa y que á la clara y penetrante vista de los niños no se oculta ni á veinte pasos de distancia, ¿qué defensa existe? Porque no se trata ya solamente de preservar la inocencia de los niños, sino de evitar la excitación al vicio por el sistema más eficaz, por el gráfico... Y me río yo del microbio de Eberth y de los estreptococos y del tubérculo... ¡Sanatorios, Ligas antituberculosas y otras cosas así, no son más que la venda tras la pedrada!

Mi amigo tenía razón de sobra y me dijo cosas que no quiero repetir, pero con preguntárselas á un médico basta. Anduvimos un rato en silencio y luego añadió:

—Parece que la sociedad moderna se haya propuesto suicidarse é ir preparando generaciones de micos, á fin de volver cuanto antes al hipotético origen de nuestra especie, según la teoría darwiniana. Y esto en nombre de la libertad. Claro: la libertad política y religiosa, la de la palabra y del pensamiento estarían cojas y mancadas si les faltara la libertad del grabado y de la revista y de la venta de esas cosas; sería insufrible que no se permitiera á la industria honrada—porque ya sabe usted que todo trabajo es honrado,—la exposición de esa... basura. Y si una autoridad celosa, cada vez más raras y menos celosas, impone el respeto que tiene la obligación de imponer en favor de la pública honestidad, saldrán todos los gosquejos y los perros de presa de la libertad, ladrando por ahí en favor de la libertad perseguida. Pero yo le digo á usted que si eso forma parte de la libertad, habrá que renegar, así, en redondo y con asco, de la libertad toda. ¡Para esto habían de derramar tanta sangre—propia y ajena—nuestros antiguos liberales! Cualquiera diría que nos está cayendo gota á gota sobre sus hijos y los hijos de sus hijos, perro convertida en caldo que apesta.

—Sin embargo—apunté yo,—la ley prohíbe esas cosas.

—Pues peor que peor—me replicó vivamente,—porque no se cumple, precisamente, en nombre de la libertad. No, no hable usted de esto: los hombres que pensamos algo todavía y no tenemos embotado el juicio ni atrofiado el corazón, no tenemos más remedio que repetir el grito de los antiguos liberales, sólo que al revés. Ellos decían: «¡Liberales, á defenderse!» y nosotros tendremos que ir gritando: «¡Ciudadanos, á defenderse de la libertad!».

—En este caso cuenta usted conmigo. Pero seremos pocos.

—Pocos no, mal avenidos sí, como siempre. Seguro estoy de que si me oyeran á mí todos los hombres de corazón, que no son tan pocos como se cree, y todos los que aman de veras á sus hijos, que son muchos más, formaríamos una avalancha... Mi única duda consiste en saber si la avalancha echaría á andar. No sé, en fin; pero lo necesario es que ande.

—Pues, amigo mío—le repliqué yo,—no andarán las cosas mientras pensemos en hacerlas andar á manera de avalanchas; por medio de los arrebatos no conseguiremos nada, ni en ese punto ni en ningún otro. El único sistema y aunque más lento es el más difícil y heroico, es el de la labor tenaz, de todos los días y de todas las horas; es el crear un estado de opinión que no se apresure y que no quiera triunfar en un dos por tres, sino que empuje poco á poco, pero sin retroceder ni atascarse. Me gusta esa idea de la rotativa de los niños, que he visto en la portada de la revista que estaba leyendo usted; me parece útil el reparto gratis y á quien la pida de esa publicación... pero debería ser más que gratis; debería ser profusa, diluvial é inoportuna... Recuerdo haber leído que en sus principios *La Croix* de París se repartía así, inoportunamente. La llevaban á las tabernas, á los círculos de obreros, á todas partes, donde menos podía suponerse que fuera bien admitida. Empezaron por romperla, pero volvía; la devolvían y volvía ella; la echaban al arroyo y volvía; atropellaban al repartidor y luego volvía por correo... y no hubo más remedio que admitirla y luego por curiosidad empezaron á leerla y á gustarla y por fin á pagarla. Contra una labor así no hay defensa posible; pero no es para uno solo...

Mi amigo me estrechó la mano y dejándome con la palabra en la boca, echó á andar muy aprisa.

—Pero hombrele dije,—¿á dónde va V.? Y volviendo á medias la cabeza, me contestó:

—A arrimar el hombro. A dar un abrazo á ese *Amigo de la Juventud* y contarle eso de *La Croix*...

ANGEL RUIZ Y PABLO

Notas de Arte

Exposición Padilla

Una exposición amable, grata á la vista es la que en el *Faians Catalá* celebra actualmente el señor Padilla, quien reunió en ella la labor de una larga temporada.

Esta labor ha perdido la uniformidad de la anterior del artista, quien al presente buscó inspiración en variados temas y en aspectos de luz diversos. Entre los cuadros que exhibe se destacan de modo sobresaliente *El gerro blau* y *El vano xino*, donde el autor halló una abundancia de delicados matices que prestan innegable encanto á ambas producciones. Las consideramos lo mejor de lo pintado hasta aquí por el señor Padilla.

Lo demás son paisajes y marinas de agradable colorido, placenteros y rientes casi siempre. Uno de esos lienzos, *Nit de Lluna*, es de muy justo acorde de valores.

La visión del artista inquiera en problemas que antes semejaban no interesarle.

Exposición Gimeno

De cuanto expone en el *Saloncito Dalmau* el señor Gimeno, una parte ya era conocida, por haber figurado en distintas manifestaciones de arte. A estas concurría dicho artista—lo es, de vigoroso temperamento—generalmente con una ó dos obras lo más, y de tamaño reducido. Por esto, y debido á su vida retraída, no todos se habrán fijado en él. Ahora se trata de descubrirle. Afortunadamente, algunos ya sabían de su existencia. La actual exposición viene á reanudar el conocimiento de pinturas en que la atención ya se fijó en ellas hace años.

Ahora, al hallar reunidas de ese pintor un mayor número de telas que de costumbre, hará y hace que aquellos que ignoraban la personalidad de ese modesto artista, queden sorprendidos de su talento. Desde mucho antes de la época de que puedo yo hablar, le era reconocido por los concurrentes á la clase de dibujo del *Círculo Artístico*, á la cual asistía—desconozco si aun asiste—diariamente. Las academias que dibujaba poseían una gran energía. Entre los dibujos que figuran en la actual Exposición, es dable admirar un desnudo á la *sanguine* que puede sufrir el cotejo, por la seguridad del trazo rápido y el conocimiento que revela de la figura humana, con cualquier dibujo análogo de un maestro definitivamente consagrado.

En cuanto á sus pinturas, están informadas en la corriente impresionista; la más avanzada aquí en los días aquellos en que el pintor Gimeno formaba su personalidad. Y de esas pinturas, varias de ellas pueden, indiscutiblemente, equipararse con los mejores aciertos que entre nosotros alcanzó aquella tendencia. Lo confirman *L'estiu*, *Ocells de nit* y *Primavera*, y, además, *Companyes*.

Exposición Pardinas

Un pintor español que hasta hace poco estuvo en Munich, don Alfredo Pardinas, vuelve á su país con el laudable propósito de realizar exposiciones de las obras que ha traído y destinar el producto de las ventas á aumentar los donativos que en la capital bávara son entregados á la infanta doña Paz, para atender, sean del país que sean, á los paisanos que allí viven y á los cuales la guerra les desconcertó la vida.

En las telas al óleo que en la *Casa Estena* nos muestra el susodicho pintor, se advierte á quien busca construir con rigor la forma, y en ocasiones lo alcanza; según lo certifican algunas cabezas de estudio. No es todavía el autor un artista que haya encontrado su personalidad; pero posee innegables condiciones para la producción de obras sólidas. Que alcance esto por entero, depende de que estudie con la seriedad que se manifiesta en buen número de las pinturas que exhibe.

M. R. C.